

A la conquista de un “mundo mejor”

Expedición Misionera a Bolivia

I

EL PAPA Y ESPAÑA POR AMERICA

Con reiterada insistencia el Papa actual, Pío XII, ha patentizado la honda preocupación que le embarga ante la peripecia presente del catolicismo en Hispano-América, país que nació, en la misma aurora de su descubrimiento, pujante y sonriente la fe católica, y que hoy corre el riesgo de ser anegado y envuelto por la riada arrolladora de la herejía y del materialismo, ya que sobre él, se está desencadenando una pertinaz acción de fuerzas mortales: la invasión de las sectas protestantes que embaucan a los sencillos por medio del regalo de dólares, la secularización de la vida —vivir bien y sin problemas, gozar y disfrutar, es lema casi único de muchos, y la penetración del marxismo «que se manifiesta en las Universidades como el elemento más activo y que tiene en sus manos casi todas las organizaciones de trabajadores», por la carencia de adalides católicos, y finalmente, los brotes de un espiritismo inquietante.

Esta situación está hoy despertando creciente interés en todas las conciencias del mundo creyente, pero, de modo singular, constituye el ápice de las atenciones apostólicas de España, ya que cuanto de próspero o adverso para la fe allí suceda, le afecta íntimamente por ser sus propios misioneros los forjadores de esa «magna empresa de evangelización» —la mayor que conoce la historia—, y ser aún hoy sus mismos hijos los que más denodadamente la defienden, no obstante el escaso número en que se encuentran; y, por último, esas tierras han sido, en otro tiempo, parte integrante y preciosa de la madre Patria, que las sigue amando y cuyos lazos de unión y penetración nadie ha podido romper.

Impulsados por tan justa y loable motivación salían el 10 de mayo de 1957, del puerto de Barcelona, varios Religiosos Misioneros —cuyas fotografías y nombres divulgó ampliamente la prensa nacional y no es del caso repetir aquí—, con rumbo a América. Eran enviados en misión de paz, no por príncipes de la tierra, sino por

el que es Padre común de todos, y se sentían acuciados por anhelos más infinitos, sin duda, que los que animaron a los mismos descubridores del Nuevo Mundo.

No era sed de oro ni apetencia de plata, lo que sentían; sólo les abrasaba una idea: *ganar almas para Cristo*. Portar las doctrinas evangélicas y convertirlas en vivencias de corazones; he ahí su único anhelo. Y después de once días de navegación, por fin, el 22 de mayo llegábamos a *Río Janeiro*, ciudad «portento de mares, de cumbres, de bosques y firmamento», como la bautizó el poeta Salvador Rubio.

Mientras el barco entraba lento y majestuoso en el puerto, tuvimos oportunidad de admirar la belleza incomparable de Río Janeiro.

Los amigos y familiares de los pasajeros y los curiosos, se agolpaban en el muelle. También a nosotros nos esperaban corazones amigos y hermanos en Cristo:

Los *directivos de la Confederación de Religiosos en Brasil*, habían acudido a darnos la más cordial bienvenida en nutrida representación de hábitos monacales y de corte de caballeros. Esta entidad funciona maravillosamente y cuenta con edificio propio, donde tiene instaladas sus oficinas, amplias y dotadas del material más moderno, y dispone de recursos económicos suficientes para subvencionar a la no exigua plantilla de funcionarios que allí trabajan en las diversas secciones de ayuda a las Comunidades residentes en el país, de fomento y reclutación de vocaciones religiosas, de problemas de prensa, radio, cine y televisión, de estudio de cuestiones de enseñanza y de apostolado, de agencia de viajes y de asesoramiento en asuntos eclesiásticos y civiles... No hay tema que afecte a las Ordenes e Institutos Religiosos, que allí no se solvente.

Disponen incluso de un equipo de vehículos, desde el tipo bi-personal hasta el autobús de 20 a 40 plazas, para todos los servicios de apostolado o de beneficencia y hasta para trasladar a las Universidades y Academias o Facultades Superiores, a aquéllos de sus asociados que cursan estudios especiales. Y allí estaban ahora con sus «carros», prestos a conducirnos, una vez efectuados los trámites aduaneros de rigor, a las distintas residencias de nuestro hospedaje y a llevarnos en ameno paseo por lo más céntrico de la urbe.

Tan insospechada delicadeza exigía, por nuestra parte, una visita de agradecimiento, que no se hizo esperar. Y fué entonces cuando, en un gesto de gentileza americana, la Confederación se hizo cargo de la tramitación y papeleo de los pasajes que precisábamos para emprender en avión al día siguiente, 25 de mayo, un vuelo de mayor extensión que la que cubre de Moscú a Tánger; y pusieron sus coches y conductores a nuestra disposición para visitar la ciudad y los paisajes más pintorescos de su contorno, y hasta subimos al em-

pinado cerro de Corcovado, en cuya cima se levanta la estatua del Sagrado Corazón. En fin, que los Padres Misioneros no olvidaremos jamás las múltiples atenciones de quienes estaban animados de los ideales que nosotros: extender el reino de Cristo, y guardaremos imborrable recuerdo de eterna gratitud para la *Confederación de Religiosos de Brasil*.

El viaje desde Brasil a Bolivia lo hicimos en avión. El día 25 de mayo salimos del aeropuerto de Rio Janeiro y el día 26, a medio día, llegamos a *Santa Cruz*, la primera ciudad de Bolivia que encontrábamos en nuestro viaje. Allí nos estaban esperando y saludamos al Padre Provincial de los Jesuitas con varios de sus súbditos y representaciones de todas las Comunidades religiosas de la ciudad: Franciscanos, sacerdotes de Marynoi, etc. Todos se habían citado en el aeropuerto para ofrecer la bienvenida a la expedición de Misioneros que llegaba a Bolivia. Y todos nos presentaron sus «jeep» para llevarnos al núcleo de la población. Y leímos con agrado el letrero escrito en letras destacadas y en español, como lengua oficial, sobre el muro del edificio del aeropuerto: *Bienvenidos sean a esta ciudad de Santa Cruz*.

Era la primera ciudad de la nación en que preferentemente había de desarrollarse nuestro apostolado, pero, no debía comenzar aquí nuestra actuación. Por eso, una visita rápida, en plan turístico, a los monumentos históricos y lugares más destacados y pintorescos de la ciudad y región —de paisaje maravilloso: un pequeño edén—; luego, la comida que los Padres Franciscanos y Jesuitas nos habían preparado y, seguido, a las tres de la tarde de ese mismo día, otro ascenso al avión, ya de compañía diversa, el *Lloyd Aereo Boliviano*, para dirigirnos a *Cochabamba*, final de nuestro largo viaje, residencia de aclimatación para nuestra primera estancia en América y campo de iniciación de las operaciones apostólicas que, muy en breve, iban a comenzar.

PANORAMICA DE NUESTRO CAMPO DE OPERACIONES

Bolivia de hoy fué conocida, hasta el primer cuarto del pasado siglo, con el nombre *Alto Perú*, y abarcaba las provincias montañosas del virreinato del Río de la Plata. En 1825, erigida por la Asamblea de Chuquisaca en república independiente, toma el nombre de *Bolivia*, en honor de su fundador, el general Simón Bolívar. Y está constituida en Nación soberana e independiente y con un régimen de gobierno unitario, democrático y representativo. Su capital fué, desde mucho tiempo atrás, *Sucre*, y lo es aún ahora, pero sólo por

derecho o legalmente, y aquí reside la Corte Suprema. *La Paz*, población de 300.000 habitantes, es de hecho la residencia oficial del Gobierno; en ella vive el Presidente de la República, celebra desde hace varios años sus sesiones el Congreso y se hallan las representaciones diplomáticas de los países extranjeros. El área total de su territorio, alcanza la cifra de cerca de *millón y medio de kilómetros cuadrados*, extensa superficie en la que podrían vivir holgadamente 40 millones de personas y, sin embargo, la densidad de su población actual no rebasa la cifra de unos *tres o cuatro millones*. Su configuración orohidrografía ofrece la perspectiva de tres regiones: *el altiplano, los «yungas» y valles, los llanos*, de peculiares características cada una.

El altiplano, con oscilaciones de 3 a 4.500 metros sobre el nivel del mar, es la región en que se levanta la *puna* o meseta boliviana de importante extensión y se eleva todo un sistema de cordilleras y montañas de cumbres siempre con nieve, como los *Andes*, en una de cuyas estribaciones se encuentra el *Illampu*, con cimas de cinco y seis mil metros de altura. Da lugar asimismo a vastas extensiones de agua como los lagos *Poopó*, y, principalmente, el *Titicaca* —lago sagrado y el más alto del mundo—, a 3.914 metros de elevación sobre el mar y con más de 8.340 kilómetros cuadrados de extensión y unas 25 islas en su recinto, aparte de varias penínsulas, bahías, cabos y estrechos. Asimismo, dentro de la uniformidad de líneas y colores, se destacan con frecuencia en esta zona numerosos *cerros*, ennegrecidos por fuera, y con vegetación de ásperos y duros espinos, pero, internamente, henchidos de importantes yacimientos de metales. Con sólo citar el «*cerro de la plata o de Potosí*», de tan difundida leyenda y auténtica historia argentífera, queda encomiada esta región como muy pródiga en minerales de subido valor —oro, plata, estaño y cobre...—, con abundante producción hoy y, en su mayoría, aún sin explotar. La fauna es también muy estimable por la riqueza de las pieles; mientras que la flora queda reducida a plantas forrajeras y musgos, propios para combustible. El campo es un inmenso páramo de tonos grisáceos, y en él, la brillante luz del horizonte ofrece curiosos efectos de espejismo. Sólo se conocen en el altiplano dos estaciones: verano-otoño, por lo regular, de octubre a abril, y la de invierno, que comienza en junio y finaliza en septiembre; muy distinto de lo que acaece en Europa. Y el clima es frío, descendiendo el termómetro, en las noches invernales, hasta 5 y 7 grados bajo cero. Las ciudades de *La Paz, Oruro, Potosí...*, se asientan en estas latitudes.

La región de los «*yungas*» y *valles*, es mucho más encantadora, fértil y rica, surcada por profundas hondonadas y quebradas extensas,

pródigas en todo género de producción. El espíritu goza de los más diversos y bruscos contrastes, al descender de las cimas altísimas y laderas desiertas y desnudas del altiplano y entrar en estas porciones de «los yungas», regiones sonrientes, pletóricas de luz y de aromas, de frutos y de flores, de aves y de bosques... La luz ofrece todos los tonos imaginables a causa de las continuas brumas; las aguas corren impetuosas y extendidas, a veces, como brazos de mar y el reino vegetal y animal se encuentra enriquecido con todas las posibles especies, y se cosechan toda clase de productos tropicales y también café, cacao, algodón, arroz, caña de azúcar... *Cochabamba*, *Sucre*, *Tarija*, son ciudades bienhadadas por la suerte de ubicarse en estos raros «edenes» que aún quedan en el universo. La altura oscila entre los 1.200 a 2.500 metros.

Por último, la tercera zona, de los *llanos o selvas*, de 100 a 1.000 metros sobre el nivel del mar, viene dada por vegas extensísimas de exuberante vegetación, llenas de las más diversas plantaciones y surcadas por ríos navegables. Están establecidas en ella las ciudades de *Santa Cruz*, *Trinidad*, *Concepción*... Su clima es muy cálido, algo húmedo y, en ocasiones, resulta intolerable. Los ganados aquí se multiplican por la abundancia de pastos y se venden a precios reducidísimos. Y la fertilidad del suelo es tan fecunda que produce cuanto se arroje en él, sin apenas trabajo del hombre. Existen todavía aquí bosques impenetrables y selvas totalmente inexploradas.

ESTRUCTURACION POLITICA, RELIGIOSA Y SOCIAL DE LA POBLACION

En lo *politico*, Bolivia está seccionada en nueve departamentos que reciben, fuera de dos, el nombre de la capital en que están enclavados; y son: La Paz, Cochabamba, Oruro, Potosí, Tarija, Chuquisaca, Santa Cruz, Beni, Pando. Y cada departamento se subdivide en determinado número de provincias; y éstas en cantones y vicecantones.

La *bandera* es tricolor, integrada por tres franjas horizontales: roja, oro y verde; y lleva el escudo de la nación en el centro. El *idioma oficial* es el castellano, que se habla con pureza, propiedad de voces y en dicción castiza. Existen además lenguas aborígenes, como el aimará y el quechua, en la altiplanicie y valles, y el guaraní, en los llanos; junto con algunos otros dialectos de determinadas tribus, de uso exclusivo entre los indios.

La *religión* del Estado es la *Católica*, con tolerancia de cultos en todo el territorio por prescripción del artículo constitucional. Ja-

más el país podrá saldar la deuda de gratitud para con las Misiones Católicas que son las que le han llevado al progreso y civilización y han sabido sostener la integridad nacional en las incógnitas fronteras de la República. Y se comportan, en la actualidad, como las grandes benefactoras del país en todos sus avances y en la defensa y elevación del indio contra los abusos del extranjero y de las restantes clases sociales.

La *población del país*, sin meternos en disquisiciones eruditas sobre la génesis y características de sus razas, la podemos diferenciar así: *el indio, el mestizo y el blanco*.

El *indio* es de estatura corriente y grueso cuerpo, con anchas espaldas y pecho voluminoso; la cabeza oblonga y de cabellos negros y ásperos, por lo general; la cara larga y lampiña, frente estrecha y boca grande, y de mirada fría y como nostálgica. La tónica de su expresión es meditabunda, seria y siempre triste, excepto «cuando han bebido», se nos dijo. En sus costumbres, se le acusa de refractario a toda innovación y progreso, y que prefiere la miseria en que está al confort que la sociedad moderna le brinda. Con lo que la tierra espontáneamente le da, vive feliz; y duerme en el suelo y hasta a la intemperie. Adora su misera choza y se considera rico con las lanas que, para el tejido de sus vestidos, le proporciona el ganado. Es atávico en exceso, muy encariñado a raciales y rudimentarios usos, y el progreso no parece que tenga misión ninguna que cumplir en él. Este es el concepto general formado de él.

Sin embargo, al verlos en muchos lugares y diversas ocasiones con esbeltez de estatua helénica en sus cuerpos —exponente del vigor y pureza de la raza—, con facciones bien marcadas, como las del «homo sapiens», siempre me asaltó la idea de que toda esa visión peyorativa del pobre indio no fuese sino resultante tan sólo de prejuicios ancestrales contra él, brote del muy crecido desprecio en que se le tiene y consecuencia del infantilismo irredento en que se le considera. El indio es un niño grande, se asegura. Pero, como al pequeño, en los primeros años, y respecto de la escuela, ¿no le pasará al «grande», que abomina de lo culto, porque todo contacto se lo han ofrecido con métodos similares a los de «palmotazos en las manos y en las uñas», que usaron tantos «*domine cabra*», del pretérito, y que todavía andan sueltos por muchas partes del mundo? Con una táctica nueva, reformada y mejorada, no se conquistaría fácilmente al indio para la civilización como se ha ganado ya hoy para las letras a la casi totalidad de los niños? Buen quehacer éste para las actividades del Estado y de otros organismos importantes que, con el tesón y entusiasmo de la madre que estimula a su pequeño a acudir y entrar en el colegio y no le permite entretenerse en la

calle con juegos, así insisten a los indios a formar, cuanto antes, de hecho y gustosamente, parte en el mundo civilizado.

Ese pobre indio sufrido, pacífico y frugal en la alimentación—hasta pasar días enteros con algún puñado de hoja de coca y de maíz tostado—, y que rehusa vivir en las poblaciones urbanizadas y que le vimos marchar a pie descalzo y como huyendo del mestizo y del blanco; nos dió la impresión de no querer nada con cuanto es y representa el mundo, que se dice civilizado, porque cuantos en él hay, le tratan como a bestia: a palos, a hambre y engaños y le roban cuantas veces pueden. Y el indio, sólo por su impotencia, soporta esto; como aguanta el civilizado las cadenas de la tiranía o inclina su cerviz al látigo del verdugo. Pero ni el uno ni el otro aspiran a querer vivir en semejantes condiciones. Si los de arriba y los de abajo—blancos y mestizos— pactasen y cumpliesen normas más selectas de ciudadanía con los indefensos indios, comenzasen a descubrir en ellos los valores de la *personalidad humana* y dejarasen de mirarlo simplemente como cosas, respetasen sus derechos y deberes, tan inalienables como los de cualquier otro ser humano; se habría dado un gran paso para redimirles de la barbarie y gozosamente se alistarían a todas las exigencias y beneficios de la civilización.

MEZCLA DE NATIVO Y EXTRAÑO EN SUS GENTES

Los *mestizos*, o *cholos*, con ambos nombres se los designa, son producto de la mezcla de sangre entre naturales y extraños; forman la descendencia de alianzas de colonos, llegados o establecidos en el país, con mujeres indias aymaraes o quechúes. El *cholo*, como pudimos comprobar, en la calle y en los centros docentes privados o del Estado, posee inteligencia de blanco y habilidad mecánica de indio; y puede alcanzar el mismo grado de instrucción que el europeo. Es cariñoso y muy sociable, mantiene y ama las tradiciones españolas. La *chola* se conduce como mujer bastante casquivana, muy versátil y muy aficionada a colores y a los adornos en el vestir. Entre bordados y refajos tensos por el almidón, túnicas de terciopelo en todos los colores y el sombrero de copa grande que lleva cada una, habría para equipar en vestido a diez mujeres de Europa.

Ellos y ellas constituyen el núcleo más numeroso de la población y suelen ser alegres, simpáticos, correctos y buenos negociantes en el pequeño comercio, y muy aficionados a fiestas, cuantas más mejor. Con todo, su vivir no está a la altura de la época: reclama de los poderes públicos una mayor defensa y más decidida protección

tanto en orden al individuo como al hogar; se precisa un generoso apoyo para elevar el nivel de cultura y perfilar mejor su formación ciudadana; y se impone una revisión y reforma ética a fondo, pues pulula entre ellos extensa germinación de lacras sociales: vicio torpe, alcoholismo, mentira, incumplimiento de palabra dada y otras de menor cuantía. Pero, por su número y por su posición intermedia en lo social, nos importuna la idea de equipararlos en Bolivia al puesto que, en otras naciones, ejerce el proletariado, y con todas las potencialidades y desvaríos que en el mundo laboral esto representa. Por eso los imaginamos cual vigoroso y potente elemento para el porvenir de la patria; y hoy sólo precisan, y están como en espera de encontrar, al hombre, gran señor, que acierte a hablarles y conducirles..., para seguirle entusiásticamente. ¿Por qué las fuerzas de orden no se adiestran en la conducción de este inmenso poder social?, ¿aguardan para cuando sea demasiado tarde...?

Por último, respecto de los *individuos de raza blanca*, bastará constatar que presentan una bien marcada bifurcación: el *nativo* y el *extranjero* o «gringo». Pero, en la estimación corriente del boliviano, no es «gringo» el español, ni el que habla, como lengua propia, el castellano. Es el caso del chileno, el argentino, etc., que reside en Bolivia. Aquí, *extranjero* es únicamente el que ni ha nacido en el país, ni tiene por estirpe la hispanidad.

Los *hijos del país*, de raza blanca, son y altivamente se consideran como los legítimos descendientes de los primeros conquistadores y famosos emigrantes de épocas ya remotas, especialmente de los españoles. Y así lo delata la profusión existente allí de afamados apellidos hispanos. Las ciudades de más linajudo y señorial abolengo son *Sucre* y *Potosí*. Se les ha tenido —y de hecho, así han sido, hasta fecha reciente—, como la clase rectora de los destinos de la Nación. Y, a la verdad, que bien se lo han ganado por su fidelidad a los usos tradicionales y costumbres de sus antepasados y a la nobleza con que fomentaban los avances del progreso y de la civilización en el país. Han sabido custodiar un *pasado*, del que no se puede prescindir —sólo el salvaje carece de él, por no lograr hacer historia—, ni tampoco anquilosar —la historia es evolución y como la vida o crece o se reduce a cadáver—; consagrarse a la forja de un *presente*, cuya problemática hay que resolver en función de hoy y con miras al logro de un *mañana* o *futuro*, de hora en hora, más triunfal y repleto. «Destruir para luego construir», sólo puede ser norma irracional de los que se acaudillan bajo una «hoz y un martillo»; el mundo libre tiene otro lema más válido y de mayores realidades progresistas: *mejorar lo existente y renovarse cada día*. Estas gentes de bien y de la prosapia boliviana han de reanimarse hoy

para añadir a su ya glorioso historial pretérito un más vivo y pujante despertar de anhelos y realidades por la salvación y elevación de la patria, sin apoltronarse con bienes de fortuna heredados o con comodidades de tiempos más fáciles que los presentes; no deben renunciar al puesto que la historia les ha asignado ni esquivar el golpe de la adversidad ausentándose del país. Esta postrer postura no remedia nada, antes deja más expedita la vía para que, con mayor atrevimiento, escalen los más altos peldaños de la sociedad los logreros de la revolución y los gerifaltes del marxismo.

En orden a los «gringos», como corrientemente bautizan los bolivianos a todo extranjero, fuera del español o el de habla castellana, constituyen el conglomerado auténtico de la «torre de babel». En cada ciudad que recorrimos, nos encontramos con árabes, turcos, libaneses, sirios, checos, austriacos, germanos, belgas, ingleses y, como más modernos, norteamericanos; y esto sin contar chilenos, argentinos, españoles, franceses e italianos que, en modo alguno, podían faltar. Tales «gringos» forman la clase de los comerciantes más avisados, de los industriales más potentes y de los mejores exploradores de las minas del país, fuera de las que hoy se ha apoderado el Estado. Y nada tiene de sorprendente este fenómeno porque la fábula e historia del inexhausto venero de la «plata de Potosí», que tantas vueltas dió al mundo en los siglos pasados, como hoy los palacios encantados, han hecho que, desde su descubrimiento hasta ahora, Bolivia se haya presentado, ante cuantos se han sentido codiciados de oro y plata o han soñado en depositarse con la fortuna, como la bendita «tierra de promisión».

Y no fué, ni es esto, irrisoria utopía. Hoy como ayer, a parte de que el boliviano es bueno y hospitalario para el extranjero que le visita, la nación ofrece al emigrante, en cualquiera de los departamentos, medios fáciles y en abundancia para, sin complicaciones, cubrir todas sus necesidades y comenzar a atesorar. El suelo es tan productivo que, sin otra molestia que extender la mano y recoger lo que más apetezca, cubre las exigencias del vivir humano. Las selvas inmensas regalan al nuevo morador pingües beneficios de una explotación, aún casi intacta, de maderas las mejores y más finas para la construcción: el ébano, la caoba, el cedro, el palo de rosa, nogal, haya, chonchu —madera inatacable a la humedad—, palo santo, etc. Y en los «yungas», la diversidad de arbustos y la ilimitada variedad de frutas es tal que puede almacenarse la coca, el café, cacao, tabaco, arroz, azúcar...; las quinas, bálsamos diferentes y plantas medicinales y tintóreas, sin sumar el valor que representa la ganadería y animales de pieles tan estimadas como la vicuña, la alpaca, la llama, etc., ni el plumaje y carnes de toda clase de vola-

taria... Todo esto es buen exponente de las riquezas que allí hay para el que quiera aprovecharlas. Pero lo que más ha hecho de Bolivia la «meca de muchos emigrantes, ha sido, y es, su riqueza en yacimientos metalíferos: oro, plata, estaño, cobre, wolfram, bismuto, petróleo..., en parte descubiertos y en mayor cuantía aún sin extraer por falta de personal, por carencia de vías de comunicación y por ausencia de capitales destinados a este negocio.

MAS VALIOSOS TESOROS DE BOLIVIA

Pero si ingente es el emporio de las riquezas de su subsuelo y prodigiosa la fertilidad y belleza de sus campos, con la pluralidad de planos geográficos —cumbres siempre nevadas y llanuras tropicales, altas mesetas y amenas quebradas—, que hacen disfrutar de los más variados y mejores climas del mundo; Bolivia ha sido mucho más agraciada por la Providencia, en un orden supraterráneo, con dádivas singulares de nobleza, fidelidad y bondad, relevantes cualidades que adornan el ser y obrar de los bolivianos y por las que son acreedores a la estima y al aprecio de todos.

La *lengua* y la *fe*, con que un día les enseñaron a invocar y reverenciar al verdadero Dios, los bolivianos las han defendido con tesón sin que nadie haya alcanzado arrebatárselas; y eso que sobre esta nación se han desencadenado, en ocasiones, violentos huracanes, henchidos unas veces por la furia de ambiciones y avaricias irrefrenables de lucro, que nada respetan; y agitados, otras, por la saña demoníaca de perversión de almas, cuyas fatales consecuencias son en todo momento de peores efectos que los de mera destrucción de bienes materiales. El alma de Bolivia, desde que conoció la verdadera religión, no se ha dejado domeñar ni por las sectas de herejes ni por las diferenciaciones de credos de los extranjeros; antes, tanto el amigo como el enemigo que, de todas las latitudes y de todas las razas, allí llega o se establece, se ve precisado a rendirse ante el milagro, y respetar y caer de rodillas ante el único Dios verdadero que Bolivia adora y venera. Y ésto, hoy mismo, cuando en todo el país reina una pavorosa escasez de sacerdotes para instruir a los fieles, y pulula por doquier una bien montada propaganda de difusión de errores para la inteligencia y de licenciosas inmoralidades para el corazón en impresos masónicos y enseñanzas protestantes, dádivas de dólares y avances comunistas, teorías teosóficas y amenaza materialista en todos los centros docentes, sin traer a cita las extravagancias y absurdos de los adventistas, de los testigos de Jehová, etc.

Bien merecía, por tanto, que esta nación fuese la primera beneficiaria de las solicitudes con que el Papa la iba a distinguir en una nueva empresa evangélica, que se iniciaba con el santo y seña de «*A la conquista del mundo para Cristo*».

I I

EN LOS ALBORES DE LA EMPRESA APOSTOLICA: PRIMERAS ACTIVIDADES EN COCHABAMBA

En un campo tan minado por el enemigo, se dió comienzo a la obra de apostolado en Bolivia. *Cochabamba* fué la primera ciudad en que fijamos la residencia, y sus gentes las privilegiadas en recibir los extraordinarios beneficios de la *Santa Misión*. Tuvo la gentileza de revelarse con elevado espíritu y de consumirse en ansias ardientes por oír a los que el Señor le enviaba; y el corazón de sus habitantes era como ascua roja de impacencias e inquietudes porque comenzasen cuanto antes los actos que, muy en breve, iban a celebrarse.

Para los Padres Misioneros esto les servía de eficaz estímulo; y, sin descanso del largo viaje, sin importarles mucho las normas de observancia de unos días aclimatación —que siempre se prescriben a cuantos del Viejo vienen al Nuevo Mundo—, se entregaron inmediatamente a los trabajos preparatorios del apostolado que iban a emprenderse en fecha muy próxima, a reuniones de estudio con los señores sacerdotes y reverendos religiosos, conocedores ya del terreno y de sus gentes, por ser los unos nativos del país, y los otros, aunque extranjeros, llevan ya varios años de apostolado en aquellas tierras; y era muy prudente recibir estas lecciones de experiencias de maestros acreditados. Se mantuvieron asimismo conferencias especiales de todos juntos con el excelentísimo Prelado, *Fray Tarsicio Senner*, vigilantísimo pastor, y virtuoso obispo, que no perdonó esfuerzo alguno ni sacrificio, por costoso que resultase, en orden a alcanzar el máximo en el éxito de la causa católica que se defendía.

Se procedió así a un estudio a fondo de las peculiaridades del terreno, de las sorpresas o emboscadas que el contrario podía presentar durante el desarrollo de la empresa apostólica; se discutieron y dilucidaron ampliamente los objetivos a conseguir y los medios tácticos a emplear como más eficaces; se marcó toda una estrategia rigurosa a la que era necesario someterse con miras a la victoria absoluta que se proyectaba sobre todas las fuerzas del mal. Se efectuó un recuento de las huestes fieles con que se contaba en la

defensa del bien, se analizó su temple ofensivo y defensivo, su organización y combinación de mandos y unidades, con objeto de establecer un frente único de combate. Y se destacó, como elemento decisivo y sin el que el triunfo no llegaría jamás a alcanzarse, la importancia y eficacia de la *oración*. Plegaria que no podía quedar circunscrita a los conventos e iglesias, ni había de limitarse su ejercicio a las almas que en ellos moran consagradas a Dios, ni a sólo los fieles que allí acuden con frecuencia; antes era necesario ampliar su radio de acción al interior mismo de los hogares con el rezo en familia, a los hospitales y sanatorios mediante la ofrenda y resignación del dolor en los que sufren. La inocencia angelical de los niños, la lucha heroica de juventudes sanas e idealistas, el vigor cristiano del hombre en la plenitud de su vivir y la nostalgia del anciano ya sólo y semiabandonado...; todo se tenía que sublimar en eficacia y en orden a lograr del cielo la conversión de los extraviados y mejoramiento de los que ya eran buenos. Oración en particular y en común, en el templo y fuera de él. Y para esto la autoridad eclesiástica dispuso que se imprimiese y, en miles y miles de hojitas, se repartiese a todas las gentes, esta súplica que, en público y al final de todas las Misas, el mismo celebrante tenía que rezar: *«Señor nuestro Jesucristo, que no quieres la muerte del impío sino que se convierta de su mal proceder y viva; y que has venido a este mundo a salvar lo que había perdido; humildemente te pedimos que bendigas las Misiones que se han de celebrar en esta ciudad de Cochabamba, y hables Tú, por boca de los Misioneros a las almas, a fin de que los justos se justifiquen más y los pecadores vuelvan a tu aprisco, para que se forme un solo rebaño y un solo Pastor. Amén»*. Esta era la plegaria que ininterrumpidamente brotaba de todos los labios.

Y a la misma marcha y en forma paralela, con la oración tenía que ir la acción apostólica. El rezo sólo no salva; son también necesarias las obras. La alegría y el encanto de los niños en la calle y en los colegios, el ímpetu y arrojo de la juventud en liceos y talleres, en fábricas e institutos, la fuerza y organización de las asociaciones piadosas y ramas de la Acción Católica, de todo se dispuso y todo se metió en juego para promover tan noble causa. Ninguno debía sentirse inactivo; se demandaba la cooperación de todos, y todos se portaron maravillosamente, lo mismo en el reparto de carteles para los escaparates de los comercios que en la fijación de intensa propaganda mural; en la difusión a voleo de centenares y millares de octavillas para las multitudes que en las invitaciones personales que era forzoso llevar y meter casa por casa, y centro por centro. Y con infatigable proselitismo, se colocaron grandes pan-

cartas, extendidas de balcón a balcón, sobre las calles de más tráfico, y, de modo asimismo llamativo, los buenos dibujantes y pen-dolistas utilizaron todo su arte y técnica en diseñar sobre el mismo pavimento de las plazas y en los cruces de avenidas de mucho público, letreros y gráficos alusivos a la inmediata empresa misionera. Todos los viandantes, del matiz o credo que fueran, se topaban por doquier con el anuncio o dibujo expresivo del hecho religioso trascendente que iba a empezar muy en breve. Vibraba por doquier potente el pregón de «¡SANTA MISIÓN!».

¿Era exclusivamente al hombre de la vía pública y de los pequeños o grandes negocios, al que, como más aturdido y absorto en el terreno, se intentaba preferentemente informar del próximo acaecer religioso? No sólo a él, sino a todos, porque el mensaje evangélico no reconoce clases, es sencillamente universal. Y para la mejora y elevación de las almas, sin discriminización de razas ni de atuendos, iban encaminados los artículos y frecuentes notas en la *prensa*, las emisiones y charlas por la *radio*, las frases luminosas de *teatros* y *cines*. De todos estos modernos medios de informativos se echó mano, a fin de que no quedase ni individuo ni rincón al que no llegase la «buena nueva» de paz y de gracia que, en nombre de Jesucristo, para todos traían los Misioneros. Más aún; llegó a montarse un rápido y numeroso grupo motorizado, para recorrer en propaganda de apostolado toda la ciudad y acudir, con toda ligereza a los extrarradios y suburbios más remotos que hubiera y en cuantos casos fuese necesario. Por último, en el mismo palacio, mejor, residencia episcopal, se estableció la *oficina central de la Santa Misión* —algo así como lo que, en guerra, se denomina «cuartel general»—, con servicio de día y de noche; y funcionó tan perfectamente, con tanto esmero y puntualidad en los servicios, que no fué superada en ninguna otra población. *Cochabamba*, no obstante, ser la ciudad en que se iniciaban las Misiones en Bolivia, ya desde el comienzo, lo tuvo todo tan previsto y resuelto, que merece la *palma de oro* en organización de esta magna empresa apostólica.

LA ENTREGA DE PODERES, NOMBRE DE LOS MISIONEROS Y PROGRAMA GENERAL A PONER EN EJECUCION

Ultimado ya, en todos sus detalles, el plan a seguir, sólo restaba designar para cada centro los Misioneros, en armónica conjunción de necesidades más apremiantes del lugar y dotes personales del predicador. Desde el corazón de la ciudad hasta los núcleos de poblado de las afueras, Cochabamba queda así repartida

en 18 *Centros Misionales* para las gentes de habla *castellana*, y *nueve* más para los de lengua *quechua*. A cada centro se le adscribió determinado número de miembros de las fuerzas vivas —juventudes, Acción Católica, Asociaciones piadosas, Ordenes Terceras—, como encargados de actuar en los mismos bajo la dirección inmediata de los propios Misioneros, y de velar por el perfecto orden y esplendor de los actos de culto así como para llevar metódicamente una buena estadística de asistencias. Nada había escapado a la escrutadora mirada de los organizadores, y todo estaba sabiamente previsto hasta en su más mínimo detalle.

La autoridad eclesiástica procedió asimismo a investirnos de *poderes especiales*, no sólo en lo que es corriente conceder según el Derecho Canónico y queda comúnmente expresado en la locución de «licencias ministeriales», sino de otros mucho más amplios, tanto en orden a poder absolver de los casos reservados «*ex jure*» al Ordinario, cuanto a las «facultades quinquenales que la Santa Sede acostumbra otorgar a los Obispos», y se nos autorizaba ahora a ejercer estas últimas «tanto para absolver como para dispensar de las censuras, en el foro de la conciencia y en el acto tan sólo de la confesión sacramental». Aún más, se nos extendió un nombramiento de *Vicarios Cooperadores* de la Parroquia, en que se misionaba, a fin de poder, «dentro del territorio de la misma..., tramitar y bendecir los matrimonios sin tener que pedir, en cada caso, autorización del párroco respectivo», etc., etc.

Los nombres de los *Misioneros* que, llegados expresamente de España o con residencia ya en América, actuaron en esta Santa Misión de *Cochabamba*, fueron los siguientes: Padres *Dominicos*: P. Pedro Díaz García, P. Marino Echavarría. Padres *Franciscanos*: P. Cándido Ezcurra, P. Luis Esnal, P. Nicolás Lecuona, P. Bernardo Ortiz, P. Teófilo Marina, P. Joaquín Sánchez, P. Jaime Alzola, P. Julio Calatayud, P. Alberto Rojas... Padres *Capuchinos*: P. Sixto María de Pesquera, P. Pastor de Respenda... Padres *Jesuitas*: P. Enrique María Huelín, Director de la Misión, P. Eduardo Rodríguez, P. Guillermo Nadal, P. Sebastián Puerto, P. Jaime Nadal, P. José M. Valle, P. José Vidal, P. Eduardo Arcusa, P. Antonio Sinfreu, P. Florentino Alcañiz, P. Antonio Sánchez, P. Constantino García, P. Hermenegildo Val. Padres *Redentoristas*: P. Crescenciano Sainz, P. Angel Carrillo, P. Antonio Díez, P. Ricardo Alonso Yarritu. Padres *Cordimarianos*: P. Jesús J. Cámara, P. Isidoro González, P. Manuel Revollo. Padres *Oblatos de María Inmaculada*: P. Valeriano Gaudet, P. Luis Melón. Sacerdotes del *Clero Boliviano*: Mons. Daniel Sántibañez, P. Alberto Guizada, P. Lucio Rojas Montaña, P. Luis Angel Peña. Y también merece

mención especial el Obispo Auxiliar de Cochabamba, Monseñor Luis Rodríguez.

Queremos advertir al lector que no es ésta la lista total de los Misioneros que actuaron en la gran empresa apostólica de ganar Bolivia para Cristo, sino sólo los nombres de los que predicaron en la primera ciudad, por donde se inició esta campaña. Pues, v. gr., en la ciudad de *La Paz*, pasó del centenar el número de Misioneros que allí ejercieron ministerios sagrados viniendo, como acaeció con los *Capuchinos*, hasta de Chile y de Argentina...

Esta gran *Misión* de la ciudad de *Cochabamba* duró *dieciséis días*, del 1 al 16 de junio de 1957, y la *temática*, que los Directivos y Organizadores de la misma marcaron como la mejor y más necesaria para el auditorio y que todos los Misioneros debíamos desarrollar, fué la siguiente, para los *actos generales* en todos los Centros:

1. *Para el acto general de últimas horas de la tarde:*

A) Conferencias y pláticas de Instrucción Religiosa:

Día 1.º—Introducción a los Mandamientos, como medios de consecución de la vida eterna.

Día 2.º—Explicación del Primer Mandamiento de la Ley de Dios.

Día 3.º—Explicación del Segundo Mandamiento.

Día 4.º—Explicación del Tercer Mandamiento.

Día 5.º—Explicación del Cuarto Mandamiento.

Día 6.º—Explicación del Quinto Mandamiento.

Día 7.º—Explicación del Sexto y Noveno Mandamientos.

Día 8.º—Explicación del Séptimo y Décimo Mandamientos.

Día 9.º—Acto común de todos los Centros en el CEMENTERIO.

Día 10.º—Necesidad de la Confesión general.

Día 11.º—Condiciones necesarias para una buena Confesión.

Día 12.º—VIA-CRUCIS DE HOMBRES. Asisten todos los Centros.

Día 13.º—Explicación del Octavo Mandamiento de la Ley de Dios.

Día 14.º—Explicación de los Preceptos de la Iglesia.

Día 15.º—La Iglesia. Su Institución. Las Notas de la Iglesia. Adhesión a la Iglesia.

Día 16.º—Reunión de todos los Centros en la plaza más espaciosa para el acto de Clausura o final de la Santa Misión.

B) Sermones morales o Meditaciones:

Día 1.º—«Pro Christo legatione fungimur». Naturaleza y disposiciones para oír con fruto la Santa Misión.

Día 2.º—La existencia de Dios.

Día 3.º—El origen del hombre. Dominio de Dios sobre el hombre. Fin próximo del hombre: Servir a Dios.

Día 4.º—Fin último del hombre: su salvación.

10.—NATURALEZA.

Día 5.º—Castigo del pecado o juicio de Dios: Angeles, primeros padres, etc...

Día 6.º—Fealdad del pecado. Borrachera. Aborto. Alcoholismo. Escándalo, etc...

Día 7.º—Infierno. Pruebas. Apologética.

Día 8.º—Infierno. Penas y camino hacia él...

Día 9.º—Acto común de todos los Centros reunidos en el CEMENTERIO.

Día 10.º—Confesión. Institución divina. Necesidad.

Día 11.º—Muerte. Preparación para una buena muerte.

Día 12.º—VIA-CRUCIS DE HOMBRES. Asisten todos los Centros.

Día 13.º—El perdón de los enemigos. Cómo perdona Cristo.

Día 14.º—Nuestro Señor Jesucristo.

Día 15.º—La misericordia del Señor.

Día 16.º—Reunión de todos los centros para el ACTO FINAL DE LA SANTA MISIÓN.

2. *Para el acto general de la mañana, después del Rosario de Aurora:*

Día 1.º—No hubo acto de la mañana, por haber comenzado la Misión por la tarde.

Día 2.º—Celo por el éxito de la Santa Misión. Oración. Sacrificio. Propaganda.

Día 3.º—La gracia divina: su excelencia, su necesidad...

Día 4.º—La gracia divina: sus fuentes. Los Sacramentos.

Día 5.º—La Oración: necesidad, excelencia, eficacia.

Día 6.º—La Oración: cualidades, modo de hacerla...

Día 7.º—Malas ocasiones y huida de ellas.

Día 8.º—Devoción a la Santísima Virgen. En qué sentido es nuestra Madre espiritual.

Día 9.º—La Santa Misa., Teología de la Misa.

Día 10.º—La Santa Misa. Teología de la Misa.

Día 11.º—La Santa Misa. Teología de la Misa.

Día 12.º—La Santa Misa. Partes de la Misa.

Día 13.º—La Eucaristía. En el Evangelio, en los Apóstoles.

Día 14.º—La Eucaristía y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Día 15.º—La devoción a la Santísima Virgen. Sentido de la verdadera devoción. Rosario, etc...

Día 16.º—El apostolado seglar en todos los órdenes.

DE LO GENERICO A LO ESPECIFICO PARA CADA GRUPO

Y con ser este cuadro tan amplio, no podía encuadrarse todo en él. Se imponía la necesidad de añadir, a modo de complemento, otra problemática especial para cada grupo, que había de desarrollarse: en las *Misiones especiales* para los niños y para la juventud, especialmente obrera y estudiantil; en *actos selectivos* para universitarios y gentes de la intelectualidad, médicos, abogados, escritores y pensadores...; en *charlas amenas y diálogos* de temas de hoy, con sujetos tan distintos como son los que integran el mundo del trabajo, patronos y obreros, oficinistas y jefes, funcionarios y empleados...; en *instrucciones apropiadas* a las Fuerzas Armadas de la nación: Oficialidad del Ejército y tropa, Carabineros, Excombatientes...; en *discursos radiados* para enfermos e impedidos; en *lecciones muy oportunas* a los militantes del Apostolado Seglar y de las organizaciones piadosas y ramas de la Acción Católica; en *conferencias instructivas* para toda clase de hombres, en general. Era también preciso exponer e instruir en sus derechos y obligaciones a las *mujeres*: señoras y señoritas en su vida de familia, empleadas de oficina y a domicilio, enfermeras y dependientes... Y para todos estos grupos se tuvo su acto propio y peculiar. Hasta para los mismos *Sacerdotes* y *Religiosos* se organizó, a petición de los mismos, un ciclo de *conferencias* privativas para ellos en la capilla del Palacio Episcopal; y fueron todas presididas por el Excelentísimo Señor Obispo.

Todos los sectores sociales quedaban así dentro de la órbita de acción misional y señalados los múltiples objetivos apostólicos que había que ganar. Y los resultados fueron realmente tan insólitos que sobrepasaron las más atrevidas esperanzas. Los templos, no obstante ser muy amplios y capaces, no podían contener al inmenso gentío que a ellos acudía; las multitudes se apiñaban dentro y se agolpaban fuera, en plena calle, para ver a los Misioneros o, al menos, escuchar las enseñanzas que transmitían los altoparlantes, recogidas desde el púlpito. Y ante este enfervoramiento de las masas, los mismos protestantes y, más rabiosamente aún los comunistas, que habían amenazado nada menos que «con hundir las montañas de los Andes», si los bolivianos acudían a oír a «los reaccionarios y agentes del mundo capitalista», a «los fanáticos enviados del Vaticano...»; tuvieron que enmudecer por no hacer el ridículo, ya que nadie les creía, ni prestaban atención alguna a sus amenazas. Su enconado odio sólo sirvió para despertar más al vivo el interés por lo que a ellos tanto molestaba. Y el efecto fué una mayor concurrencia de gentes a los centros misionales. De hecho, la Santa Misión se

convertía en lo que muy bien había anunciado, en Carta Circular, el Señor Obispo al pueblo de Cochabamba, a saber, «*luz de Dios que ilumina la inteligencia, fuego del espíritu que purifica los corazones, y vida divina que a todos beneficia*».

COMO EN NUEVO PENTECOSTES. ARDORES MISTICOS SOBRE LA CIUDAD Y EN LAS ALMAS

Y *Cochabamba*, la ciudad jardín de Bolivia y la de más nobles aspiraciones, se abría como una rosa al influjo de la gracia. Como centro de intelectualidad —es la ciudad boliviana de menos anal-fabetos— cuna de poetas y artistas, y su Universidad Mayor, San Simón, con otros Institutos profesionales y Escuelas Militares, la hacen de las mejores poblaciones estudiantiles; acostumbrada a las reflexiones, se replegaba en estos días sobre sí misma para meditar y penetrar hondamente en saberes más seguros y profundos que los que la simple razón presenta o nos informan los sentidos. Quería recogerse en íntimas reflexiones sobre los misterios sublimes de la ciencia que salva, que es la *ciencia de Dios*.

Fué incontable el número de *Confesiones* y de *Comuniones* que hubo durante el tiempo de la Santa Misión y aún después; el fervor proselitista y entrega a Dios sin reservas, característica de todos los actos; la valentía y entusiasmo de los incontables caballeros que tomaron parte en el impresionante *Viacrucis penitencial* —sólo para hombres— a su paso por las calles y en la concentración final en la plaza de Colón, sita ante la Iglesia de Hospicio, que regentan los Padres Franciscanos. Cuantos contemplaron aquellas interminables filas se preguntaban de dónde podían haber salido tantos hombres, tan católicos y tan decididos en ostentar públicamente su fe. Imposible reflejar lo que creyentes y no practicantes experimentaron, al caer del sol en una tarde en que se les había citado a la ciudad de la verdad y el reposo, el *Cementerio*, para aprender a valorar la vida y saberla emplear en algo más excelso que lo puramente terreno: utilizarla en función de eternidad. Y superior a todo esto, fué aquél final o *clausura de la Misión*, el 16 de junio, a las siete de la tarde, en la ya citada Plaza de Colón y avenidas adyacentes repletas de público. ¿Eran 50, 60 ó 70.000 personas? Nadie las pudo contar; pero era la ciudad en masa dispuesta a ofrecer el santo sacrificio de la Misa Vespertina en acción de gracias por los favores alcanzados del cielo, y ávida de recibir la bendición con el Santísimo y también la bendición Papal con indulgencia plenaria, y ansiosa de consagrarse a la Virgen Santísima de Copacavana, Reina

y Madre de Bolivia. Indescriptible la emoción e inenarrables las escenas de despedida a los Misioneros; y ni éstos, ni los misionados podrán jamás olvidarlo. Era exacto lo que voces entusiastas se atrevieron a entonar, como remate, encaramándose a la tribuna en que estaban instalados los micrófonos: «*que digan que sí, que digan que no; ha triunfado la Santa Misión*».

Amigos y enemigos, de agrado o por fuerza, estaban acordes en reconocerlo así. ¿Se trataba de un nuevo Pentecostés? ¿Era efusión especial del Espíritu Santificador sobre los creyentes? Lo íntimo de la operación de Dios en las almas no puede ser captado por la historia; pero todos se hallaban admirados de lo que se reflejaba fuera y del temple nuevo y vigoroso en que latía la fe en los pechos católicos. Y no eran sólo ellos. Dos protestantes se deciden, por mera curiosidad, a asistir a la Parroquia del Hospicio una noche de la Misión. Al día siguiente, invitan a otros dos de sus correligionarios, a que les acompañen. Y como a Saulo, camino de Damasco, Dios los esperaba allí: los cuatro abjuraban la herejía y se convierten a la verdadera fe católica.

En el mismo templo, al descender otra tarde del púlpito —era ya el acto final— salen a mi encuentro tres jóvenes decididos. Y, sin más, me manifiestan: «Padre, nosotros somos estudiantes de la Universidad. Queremos llegar a ser Misioneros como usted, con barba y todo; díganos que necesitamos para la realización de nuestros anhelos. Estamos dispuestos a ir a España, si es preciso...».

Y el caso más curioso acaeció en la calle. Una mañana, al regresar hacia las doce del día de mi predicación a las Juventudes de los Colegios de Secundaria, un hombre, ya de edad, detiene el coche que conduce y me dice: «¿Puedo hablar una palabra?». Accedo gustoso y mi interlocutor me manifiesta: «Acudo a oír a los Misioneros en el templo del Hospicio, desde el primer día de la Santa Misión... Y ahora yo quiero que usted me prepare y me autorice para hacer mi *Primera Comunión*...». Y añade, como quien se halla ante un obstáculo difícil de superar: «Yo tengo ya *ochenta y tres años*...».

No se trataba de un hombre cualquiera sino ilustrado, de posición económica relevante y de robusta salud; que conocía la Doctrina Cristiana en lo fundamental y rezaba diariamente...; pero que nadie se preocupó de él más que para bautizarlo, cuando ya contaba algunos años de niño —es lo que se estila en América—, y llegó así a sus ochenta y tres años (!?), sano y ágil en el cuerpo, pero sin haber gustado en el alma de las delicias del Pan de los ángeles; y Dios le invitaba ahora a hacer su *Primera Comunión*...

Los hechos podrían multiplicarse; pues, mediante la Santa Misión, se robustecía el vivir católico en lo más íntimo de las conciencias

y en el santuario de las familias; se notaba una más eficiente valoración de Sacramentos como la Penitencia y la Eucaristía, y un despertar de prácticas religiosas, que se hallaban como inexistentes o sólo se efectuaban por rutina. Los buenos se sintieron fortalecidos y dispuestos a seguir firmes por la senda del bien en que estaban; los menos fervorosos tomaron conciencia de su atonía y tibieza, y se apresuraron a abandonarla; y hasta los pecadores endurecidos e incrédulos se doblegaron y arrepintieron de sus maldades ante la misericordia de un Dios bueno y misericordioso que les perdonaba, porque «no quiere el Señor la muerte del pecador, sino que se arrepienta de su mal proceder y viva».

SE RECLAMA LA PRESENCIA DE LOS MISIONEROS HASTA EN LOS PEQUEÑOS POBLADOS...

Y como el ejemplo, de suyo, arrastra a la imitación; el noble proceder de los cochabambinos suscitó en todas partes anhelos de Misión; y blancos, indios y mestizos demandaban de las autoridades, religiosas y civiles, el que los Misioneros se desplazasen de la ciudad hasta el último rancho.

En las poblaciones más importantes del departamento, se reúnen en sesión sus habitantes y deciden nombrar comisiones, que acuden a la ciudad a pedir y obtener de los organismos competentes el que se les envíe a los Padres Misioneros para predicarles. Insisten en sus demandas una y otra vez, y son tantas y tan repetidas estas solicitudes que el Señor Obispo se encuentra en la imposibilidad de atenderlas, ya que el número de misioneros es insuficiente. Se acude a los puntos que se puede, como Aapacari, Vinto, Tarata, Tetora... Y, en todas partes, el éxito es completo: arreglo de cientos de matrimonios, frecuentes primeras Comuniones desde 15 a 75 años, abjuración de herejías protestantes y rompimiento con sectas masónicas, entrega de libros y biblias editadas por los secuaces de Lutero, reparación de escándalos públicos, cese de odios y partidismos, reforma de costumbres y mejoramiento de la vida de familia...

Esto es lo que cosechan quienes han salido de Cochabamba en los quince días siguientes a la Misión; y no es menos denodada y agobiante la tarea de los que nos quedamos en la ciudad, consagrados a una urgente tarea postmisional: Ejercicios Espirituales a Comunidades Religiosas, días de retiro mensual, conferencias especiales a auditorios de selección, coloquios e instrucciones y plan de reorganización a los cuadros de la Acción Católica, campañas en pro de la frecuencia de Sacramentos, en favor del apostolado seglar, del

fomento de Vocaciones Sacerdotales y Religiosas, charlas apologéticas y solución de reiteradas consultas que frecuentemente se nos plantean como resultante de la compleja problemática del tan agitado y veloz vivir moderno. Se celebra asimismo una importante reunión con el Prelado de la Diócesis para estudiar las normas que se estimen mejores para la conservación del fruto espiritual que ha producido tan extraordinaria empresa apostólica en las almas; y queda establecido que todos los *Primeros Sábados de mes*, en todos los templos, en que ha habido centros misionales, salga procesionalmente el *Rosario de la aurora* con el mismo matiz penitencial y de plegaria pública con que fué practicado en aquellos días de salvación. Y acosados por la marcha veloz del tiempo, sonó la hora de partir de Cochabamba y sus alrededores para ir a misionar otros puntos. Se lamentaban los misionados de nuestra forzosa ausencia, y los Misioneros estaban como absortos por los portentos y maravillas de la gracia en los corazones. Y, al dar a aquellas buenas gentes su postrer adiós, sus labios musitaban esta ferviente plegaria: Dios haga el milagro de conceder muchos y santos Sacerdotes y Religiosos a este pueblo, que carece tanto de ellos y tan ansioso está de oír la palabra divina y de que le enseñen el camino para llegar a su destino eterno...!

DE COCHABAMBA A SUCRE, TARIJA, POTOSÍ... LABOR INGENTE DE LOS MISIONEROS...

En avión nos trasladamos a otras ciudades importante, como *Sucre*, *Tarija*, *Potosí*..., hasta finalizar, con la conquista para Cristo, de la gran capital de la Nación. El relato de los nuevos hechos trascendentes de este quehacer misionero, organizado por la Confederación de Religiosos de España, con esta primera expedición a Bolivia, merece artículo a parte, que NATURALEZA Y GRACIA, recogerá en el número próximo.

Ahora, como colofón, séanos permitido transcribir el simple elenco de actividades desarrolladas en cada ciudad por el autor de la presente memoria, y que servirá para que los lectores pueden formarse idea aproximada de la ingente labor que cada uno de los Misioneros enviados a Bolivia tuvo que desempeñar.

1. EN COCHABAMBA:

—*Misión General* en la Parroquia de Hospicio, que regentan los PP. Franciscanos, y es uno de los mejores y más concurridos templos de la ciudad.

—*Misión especial* a los Estudiantes de Secundaria, en el *Colegio*

de Santa Ana, que dirigen las Religiosas de dicho nombre, y son oriundas de Italia.

—Diez Conferencias especiales a Caballeros en el Centro misionarial primeramente mencionado.

—Tres Conferencias especiales para Señoras.

—Dos Conferencias radiadas por la emisora «LA VOZ DE LA MISION».

—Cuatro Conferencias especiales para el Clero diocesano y regular de la Diócesis, con asistencia del Prelado.

—Predicación de la Homilía (alrededor de 30), en varias Misas durante los seis domingos de estancia en Cochabamba.

—Una tanda de Ejercicios Espirituales completos a las Religiosas Capuchinas de Clausura. Diez días completos.

—Día de retiro mensual a las siguientes Comunidades:

Religiosas Siervas de María (Cochabamba).

Religiosas de Santa Ana, en el Hospital que dirigen en la ciudad.

Religiosas Clarisas de Clausura.

—Día de retiro mensual a los JOVENES DE ACCION CATOLICA de todos los centros de la ciudad.

—Quinario solemne de predicación, en la Parroquia de San Antonio, de los RR. PP. Carmelitas, a honra del Santo Titular, en el mes de junio.

2. EN SUCRE:

—*Santa Misión* en el templo de SAN FRANCISCO, el más amplio de la ciudad y a cargo de los PP. Franciscanos, y que es Parroquia actualmente.

—*Misión especial* a los aprendices y alumnos de las Escuelas Nocturnas del centro docente «Claudio Peñaranda».

—*Misión especial* para los cursos superiores de Secundaria, en el Colegio Fiscal «Jaime Zudáñez».

—*Misión de Enfermos*, para los ancianos e inválidos del Asilo que regentan en Sucre las Religiosas Adoratrices.

—Una conferencia especial a los Sacerdotes y Religiosos de la ciudad, en el día del retiro sacerdotal, con asistencia del Excelentísimo Señor Arzobispo.

—Ocho conferencias especiales para caballeros.

—Dos conferencias particulares para Señoras casadas.

—Día de retiro mensual a las siguientes Comunidades Religiosas:

Religiosas de San Juan de Dios. Manicomio de la ciudad de Sucre.

Religiosas Adoratrices. Asilo de Ancianos y Desamparados.

Religiosas del Colegio de Santa Ana.

Religiosas Carmelitas de Clausura.

—*Misión especial* a los obreros y obreras de la *Fábrica de Bombones «TABOADA»*, en Sucre.

3. EN POTOSÍ:

—Santa Misión general en la *Parroquia de la Concepción*, que regenta un equipo de Sacerdotes de Bélgica.

—Discurso de apertura de la Santa Misión, en la plaza principal de la ciudad.

—Una conferencia en la Universidad Mayor «TOMAS FRIAS», de Potosí.

—Otra conferencia a los Profesores de Religión, de todos los centros docentes, pedida por ellos mismos.

—Una conferencia particular para los *Hombres de ACCION CATOLICA*.

—*Santa Misión radiada* para impedidos y enfermos, durante una semana entera.

—Tres conferencias radiadas, para la cadena de Emisoras de Hispano-América, a petición de la emisora RADIO DE LA SUBSECRETARIA DE EDUCACION, del Gobierno.

—Seis Conferencias especiales para hombres en general.

—Dos conferencias de especialización para Señoras.

4. EN ORURO:

—*Santa Misión* en el *Convento de SAN FRANCISCO*, que dirigen los Franciscanos de la Provincia de Las Charcas (Bolivia).

—*Misión especial* al alumnado del *Colegio ANGLO-AMERICANO*, con Profesorado católico y protestante.

—Una alocución particular a la Sección Masculina de los Estudiantes de Secundaria.

—Tres Conferencias de especialización para J. E. C. (Juventudes de Estudiantes Católicos), chicos y chicas, en el Colegio de Santa Ana, en Oruro, a petición, de dichas Juventudes.

—Tres conferencias acerca de los derechos y obligaciones de las señoras de casa.

—Seis conferencias particulares para caballeros.

Apostolado en las Minas.—Durante los días de la Santa Misión en Oruro, se me presentaron los propietarios de unas minas invitándome a ir a ejercer el apostolado allí, ya que el personal, muy de tarde en tarde, encontraba oportunidad para el cumplimiento de sus deberes religiosos. Debidamente autorizado por el Director de la Santa Misión y por encargo del Señor Obispo, estuvo algunos días en el grupo de Minas «TOTORAL» y «AVICAYA», donde el personal no pudo corresponder mejor. Acudían de todas partes a la predicación; hubo que celebrar Misas de campaña para que la gente

podiese asistir toda al Santo Sacrificio de la Misa. Los directivos de estas dos empresas ofrecieron todos los vehiculos de que disponian para que sus empleados pudiesen fácilmente trasladarse desde las zonas del trabajo al lugar donde se tenía la Misión; y hasta suspendieron los trabajos en las horas de los ejercicios de culto y predicación. Todos acudían jubilosos y contentos, y entonando los pocos himnos religiosos que sabían.

El estado religioso de aquellas gentes sencillas era muy deficitario: rezan lo poco que conocen, carecen de instrucción religiosa sólida, porque el sacerdote sólo pasa por allí tres o cuatro veces al año, y ésto, como ellos dicen, por causa de *fiesta*; y hace los oficios de la «fiesta», recauda las limosnas, y se marcha, sin apenas instruir a los fieles, ni administrar los Sacramentos... De donde resulta, que hay niños de 10 y 12 y más años sin bautizar; gentes que se unen maritalmente sin recibir el sacramento del matrimonio, etc., etc., Y, sin embargo, tienen unas ansias de que se les arreglen estos problemas y de que el sacerdote católico les hable de Dios y de «nuestra Religión», como ellos siempre dicen, que, a medida que pasaban las horas de mi estancia entre ellos y la noticia se iba divulgando, acudían de varios kilómetros de distancia, por entre montañas y barrancos, y teniendo que levantarse hasta a las tres y cuatro de la madrugada para llegar a la hora de poder oír, predicar y asistir a la Santa Misa. Hasta un grupo de niños y niñas de una Escuela de la mina «Antequera», anduvo con su maestra más de 12 kilómetros por acudir a la Santa Misión...

5. EN LA PAZ:

—*Santa Misión* en la Parroquia de San Sebastián, la más antigua de la ciudad.

—Conferencias especiales para obreros en la empresa FORNO, S. A., Manufacturas Textiles, durante una semana entera.

—*Misión especial* en los Colegios de Secundaria, G. Busch y el de Villamil.

—Dos conferencias de deontología médica y sanitaria para doctores, enfermeros y sanitarios del gran Hospital Obrero, el mejor de La Paz.

—Día de retiro mensual a las Comunidades Carmelitas de Clausura y a las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl...

Otros varios fueron los trabajos que iremos reseñando en el próximo artículo.

P. Sixto María de Pesquera, O. F. M. Cap.
Bravo Murillo, 150.-Madrid.